

---

➤ *Marcha á Guadalajara.* ➤

---

**E**L General Pérez Palacios organizó una brigada compuesta de dos secciones. La primera la puso al mando del comandante de Escuadrón D. José Calderón, y se componía de 380 infantes, 170 jinetes y cuatro cañones.

El 23 de Noviembre salimos de Morelia y pernoctamos en el rancho de Cuto, escasísimo de víveres.

El 24 fuimos á la hacienda de Tecacho. El camino es boscoso y quebrado. El puerto de Tiristaran que tiene que pasarse, es una bonita posición para tropas ligeras.

El 25 permanecemos en Tecacho, donde se incorporó el General Pérez Palacios con el resto de la Brigada.

El día 26 pasamos el llano del Cuatro, un desfiladero peligroso, y llegamos á la hacienda de Zipimeo. Desde el día anterior estuve atacado de calentura.

El día 27 permanecemos en Zipimeo.

De Zipimeo fuimos el día 28 á Tlazazalca. Todo el día nos llovió.

Supimos que el enemigo abandonó á Zamora y marchó rumbo á la Piedad.

El día 29 hicimos la jornada á Churincio á campo-atravesada, porque no hay camino. Para hacer pasar la artillería fué menester ir derribando cercas. Hasta este día me duró la calentura.

El 30 marchamos á la Piedad dando un rodeo para evitar el puerto del Zapote, posición fuerte donde podía esperarnos el enemigo. Murió un soldado de insolación.

El enemigo abandonó la Piedad y se dirigió á Irapuato en el Estado de Guanajuato. Muchos habitantes abandonaron la población.

En la noche tuvimos una alarma proveniente de una lucha trabada entre los soldados del 2º y los del Matamoros, de la que resultaron un muerto y tres heridos.

Diciembre 1º Permanecemos en la Piedad sin noticia de los pronunciados.

Día 2. Pasamos revista de comisario.

Día 3. A las tres de la mañana salió la sección Calderón compuesta de 280 infantes, del 2º y Matamoros, 70 caballos y 2 cañones de á 8. Caminamos sin parar y sin alimento alguno, hasta obscurecer que llegamos á "Ayo," después de haber caminado cerca de veinte leguas. Este pueblo escondido en un pequeño valle rodeado de montañas y abundante de agua, es de una fertilidad y belleza muy notable. Sus habitantes viven en la abundancia y la tranquilidad.

Día 4. Pernoctamos en la hacienda de Milpillas.

El día 5 fuimos al rancho de Adobes pasando por Atotonilco el Alto. Para subir la cuesta de esta población, perdimos todo el día trabajando toda la sección para subir las piezas, sin excluir al comandante Calderón.

Día 6. De Adobes á San Miguel de los Alcalanes, catorce leguas.

El 7 llegamos á San Juan de los Lagos. La sección del General Miñón que había tenido la víspera una escaramuza con los pronunciados, salió de este punto rumbo á Guanajuato.

El 8 supimos que el comandante de Batallón D. Miguel Camargo había derrotado en Guanajuato á una partida de sublevados.

El 9 permanecemos en San Juan.

El 10 salimos de San Juan á Jaloxtitlán.

El 11 á Tepatitlán. Supimos que el General Miñón había dado otro golpe á los pronunciados.

El 12 pasamos al rancho de Paredones.

El 13 al puente de Tololotlán, donde se hallaban acampadas las tropas del Gobierno, á las que nos incorporamos.

Del 13 al 23 de Diciembre permanecemos acampados en el Puente, á donde llegaron la sección Camargo y el General Miñón, montando ambas fuerzas á 1500 hombres; de manera que ascendieron las tropas del Gobierno en aquel punto, á 3000 y pico de hombres con veinte piezas de artillería.

El tiempo se empleó en hacer ejercicios y acopiar materiales para el ataque de Guadalajara. Una tarde, las mujeres de un batallón que mudó de campamento, incendiaron algunas barracas, y, habiéndose propagado el fuego, corrió inminente peligro de incendiarse el parque, que también se hallaba en una gran barranca. Con grandes esfuerzos se logró evitar aquella catástrofe. La posición del Puente puede verse en el croquis número 3.

El 24 de Diciembre, la División levantó el campo del Puente y se situó en San Pedro, pueblo de recreo de los ricos de Guadalajara, á cosa de una legua distante de la ciudad.

Allí se tomaron datos sobre la resistencia que tendría que vencer la División; y de los informes resultó:

Que en la ciudad habían construido un recinto fortificado con espesos parapetos y con profundos y anchos fosos.

Para cercar aquel extenso perímetro, hubieran sido necesarios doce ó catorce mil hombres, y la División solamente contaba con tres mil.

Llevaba veinte piezas de artillería; pero eran de batalla ó de montaña, lisas, teniendo que batir edificios fortísimos que hubieran necesitado de la acción de artillería de sitio.

Además, la guarnición de la plaza era casi tan numerosa como las fuerzas que iban á atacarla, y se había provisto de artillería allegando la que se hallaba en el radio de acción de los pronunciados, y trasladando algu-

na de la que en la guerra de Independencia habían dejado abandonada los insurgentes en las barrancas; por consiguiente, no carecía de esta arma y aun contaba con calibre más fuerte que los que llevaba la División.

Distribuidas las piezas en los parapetos, todavía pudieron disponer de algunas que colocaron en las bóvedas de varias iglesias.

Por consiguiente, la empresa que se iba á acometer, era demasiado difícil; pero no había más remedio.

Allí morirían muchos infelices sin haber tenido la ilusión del triunfo, y la División acabaría por tener que retirarse, no siendo poca fortuna que se librara de un fracaso.

He aquí la razón por qué han tenido mal éxito la mayor parte de las expediciones que han enviado los gobiernos, para reducir al orden á las ciudades sublevadas.

El ataque de las plazas es una operación de la guerra en la que tienen muy poca importancia las combinaciones tácticas ni estratégicas, si no se cuenta con el material suficiente para expugnarlas.

Si se pretende atacarlas sin los elementos necesarios, el desastre será inevitable, y, lo que será más sensible, ocurrirá gran pérdida de vidas, sin objeto.

Pero de todas maneras, la División Miñón tenía orden de atacar á Guadalajara, y á pesar de todos los obstáculos debía de efectuarlo.

El día 25 á las doce de la mañana se tocó generala en San Pedro, formaron las tropas en una sola columna y emprendieron la marcha por el camino real hasta llegar á la *garita*.

Allí se fraccionaron las tropas en tres columnas.

Una á las órdenes del Teniente Coronel Calderón, tomó por la derecha para ocupar el Hospicio.

Otra al mando del Coronel D. Severo del Castillo, tomó á la izquierda y se dirigió á San Francisco.

La tercera, con el General en Jefe, permaneció en la *garita* de San Pedro.

Durante el día, hubo tiroteo sin resultado en las líneas del Hospicio y San Francisco.

En el día siguiente continuaron las operaciones en el mismo estado de flojedad, hasta en la tarde en que las fuerzas que habían quedado en la *garita* se incorporaron á las del Hospicio, lo que fué motivo para que las de la plaza hicieran un vivo fuego de cañón.

En la noche se trazaron y comenzaron á construir tres baterías, en las que trabajaron con el mayor entusiasmo hasta los empleados de la Comisaría y otros agregados á la División.

Las baterías levantadas con sacos á tierra adelantaban rápidamente, y en pocas horas estarían terminadas.

Entretanto, el General en Jefe determinó que se hiciera una diversión para entretener á los de la plaza; y pidió que se escogiese un oficial *travieso* que con una guerrilla hiciera *santiaguitos*, llamando la atención por varias partes con grande algazara y burlescos toques de corneta.

El resultado de aquella zalagarda fué el ingreso de varios heridos al Hospital de sangre y el del General en Jefe á su alojamiento, pues queriendo tomar parte en la refriega, recibió una metralla en las narices que estuvo á punto de dejarlo desnarigado.

A la media noche las baterías estaban concluidas, de lo cual se dió parte al General y se le pidieron órdenes.

Todos creían que el fuego de todas las piezas se concentraría en un punto determinado, con el objeto de abrir una brecha y en seguida asaltar con una fuerte columna.

Pero con gran sorpresa, se recibió la orden de hacer fuego á discreción en todas direcciones hasta que se mandara cesar.

Como al militar le está prohibido hacer observaciones, no hubo más que resignarse con lo mandado, y al dar las doce se rompió un fuego disparatado que duró sin parar hasta las dos de la mañana.

Aquello fué una función de pirotecnia. Las granadas cruzaban el espacio formando una malla con la luz roja de las espoletas. Sus estallidos entre las casas de la ciudad, los fagonazos de los cañones, iluminando periódicamente el aire, y los incendios producidos en la población,

formaban un conjunto que no dejaba de ser imponente.

Entretanto, la guarnición recibió aquella rociada de balas y granadas, con la mayor calma, sin disparar un sólo tiro.

Colocó la tropa sentada en las banquetas de la fortificación, no dejando más que un centinela en cada parapeto, y las reservas se situaron en los lugares más seguros.

Así que terminó el cañoneo, el enemigo se vengó con un repique á vuelo en todas las iglesias que ocupaba, con gritería, silbidos y dianas, sin omitir los toques de cornetas que entonaban: "*el torito, ni entra ni nada.*"

Los soldados del Gobierno estaban corridos y humillados, sin poder vengarse; mientras en la plaza todo era bulla y alegría, que aumentaban los alegres toques de la diana que las bandas y las músicas de los cuerpos paseando por las calles transmitían á los sitiadores por el vehículo del aire.

Cuando los de la plaza se cansaron de tocar, todo quedó en profundo silencio; pero los resultados de los estragos que el cañoneo había producido continuaban.

Una granada había incendiado un almacén del centro de la ciudad, y como no hubo medio de apagarlo, tomó creces iluminando el cielo como una Aurora Boreal. Las torres y los edificios prominentes se destacaban marcando sus siluetas negras sobre el gran fuego que les servía de fondo, mientras que la luz tórrida del incendio, deslumbrando al espectador, éste veía el fondo del espacio de una oscuridad absoluta. El silencio sólo era interrumpido por los centinelas de la plaza al correr la palabra; pero en vez del "centinela, alerta" que previene la ordenanza, ellos la corrían gritando: "centinela, muera Arista!"

Al amanecer se repitió el cañoneo con el pretexto de proteger la columna del Teniente Coronel Camargo que con *dos obuses de montaña lisos* iba con la orden de atacar y tomar el fuerte punto de San Felipe.

Los obuses despidieron algunas granadas que no produjeron ningún efecto, y el Séptimo Batallón ocupó los

conventos de Santa Mónica y de San Diego, desde cuyas alturas rompió un vivo fuego sobre San Felipe.

La compañía de Tehuantepec comenzó á hacer horadaciones en las manzanas inmediatas á la iglesia: el Tercero móvil de Querétaro apoyaba estos trabajos, y el Cuarto móvil de Guanajuato quedó de reserva.

Así pasó el día; y cuando cayó la tarde, la columna abandonó el ataque, retirándose al Hospicio, convencida de su impotencia.

Pero á la media noche, con la esperanza de dar una sorpresa, volvió la columna al ataque.

Mas en esta vez no se conformó con ocupar posiciones y tirar tiros, sino que en el acto se lanzó con la mayor impavidez sobre el parapeto que quedaba á la derecha de San Felipe.

Como los de la ciudad habían tenido tiempo suficiente para fortificarse, construyeron sus obras con toda perfección.

Los fosos eran anchos y muy profundos, y los parapetos con suficiente espesor, revestidos con el magnífico adobe que se fabrica en el país.

Habían puesto gente en las alturas, cubierta con sacos á tierra, lo mismo que en las ventanas y en los balcones, y las piezas bajas estaban aspilleras, flanqueando los fosos.

Desde luego se ve que para expugnar semejantes defensas, se necesitaban otros elementos que los que contaba la División.

La columna se lanzó sin titubear; pero fuese que los defensores la hubiesen sentido, ó porque tubiesen noticia del ataque, permanecieron en la mayor quietud; y cuando llegó á la cresta de la contraescarpa, tuvo que detenerse ante el obstáculo que se le presentaba.

Entonces rompieron sobre ella un fuego terrible á quema ropa, con que la acribillaban por todos lados.

En vano fué que pretendiese hacerse firme y contestar al fuego. Esto era irrealizable; y al fin tuvo que pronunciarse en retirada, dejando la calle cubierta de cadáveres.

La gente apostada en las alturas sostuvo la retirada, que por otra parte no fué larga, porque la columna varió de dirección en la primer boca-calle que fué la de San Diego; y en ella y en la de Santa Mónica se reformó, acostándose la tropa en la misma formación que tenía, dejando asegurada la vigilancia correspondiente.

Pero aun allí la persiguió la desgracia. Una bala de cañón derribó una grande almena que fué á caer en el centro de la columna, donde se estrelló, lanzando los fragmentos en todas direcciones y matando ó hiriendo á varios soldados.

Se pasó la noche en constante tiroteo, lo mismo que la mayor parte del siguiente día; aunque sin resultado importante.

Pudieron verse entonces los estragos causados por el ataque de la noche anterior.

En un gran salón, en los bajos de Santa Mónica, se estableció el hospital de sangre. Por supuesto que los heridos estaban sobre petates, sin más ropa que sus uniformes, sus mantas y sus capotes.

Los heridos, de la cabeza generalmente, estaban sentados, moviéndose sin cesar, como poseídos del delirio. Los demás estaban acostados, lamentándose más ó menos, según sus sufrimientos.

Un Cirujano con un ayudante y algunos enfermeros los atendían.

En la esquina de la calle de San Diego, por donde atacó la columna, había una casita baja, desde cuya ventana se había hecho fuego sobre el parapeto.

Desde allí se distinguía toda la calle sembrada con los despojos del combate; pero estaba completamente desierta, porque ni en las alturas, ni en el parapeto se veía una alma.

El enemigo, que sin duda había sufrido bastante por el fuego que recibió de la casa, se propuso reducir al silencio á los defensores.

Logró introducir por la ventana varias granadas que hubieron de estallar dentro de la pieza, y también va-

rias rociadas de metralla y multitud de tiros de fusil; de suerte que fué necesario abandonar el puesto.

Penetrando con precaución, se podían ver los destrozos causados en aquella reducida habitación.

La reja de la ventana se hallaba rota y torcida en varias partes; las paredes surcadas por los cascos de las granadas, señaladas por gran cantidad de metrallas y balas de fusil, y salpicadas de sangre; los muebles esparcidos y hechos pedazos; el suelo lleno de escombros, de basura y de harapos ensangrentados.

Por cierto que aquellos reducidos aposentos encerraban muchos horrores.

En la noche fué reforzada la línea por la sección Calderón, que llevó dos piezas de artillería de batalla; y para proteger su ingreso, se ordenó que de todas las alturas se hiciera un vivo fuego; pero ocurrió que los que llegaban, en la obscuridad y sin conocer las localidades ocupadas, creyeron que el fuego se dirigía á ellos, lo que ocasionó un desorden que pronto pudo calmarse.

La noche se pasó con alguna tranquilidad, y á la mañana siguiente el jefe de División D. Manuel López Bueno, que no le agradaba batirse detrás de parapeto, rompió el fuego con sus dos piezas sobre la torre de San Felipe; pero al poco tiempo fué herido de una pierna y conducido al hospital con varios artilleros también heridos.

Fué necesario prescindir de aquel ataque ineficaz y peligroso, puesto que las piezas estaban á corta distancia de la torre que las dominaba completamente.

En esto, un destacamento había salido de la plaza á las órdenes de un capitán llamado Pimienta y comenzó á hacer un fuego molesto y desmoralizador que enfilaba nuestra línea.

El Teniente Coronel Camargo tomó unos cuantos hombres para rechazar aquel ataque, mas á poco lo traía un soldado á *caballejas*, herido de una pierna.

Pimienta se había posesionado de algunas casas de las que no era fácil desalojarlo.

La línea batida de flanco no podía sostenerse y fué necesario pensar en la retirada.

Esta se verificó con algunas dificultades, y si el enemigo hubiese sido más emprendedor, acaso la habría convertido en derrota.

Pudo la columna llegar al Hospicio después de un largo rodeo y formó en batalla entre el Hospicio y el Molino de chocolate.

Desde entonces la División quedó reducida á la defensiva absoluta. Comenzó á levantar un parapeto con sacos á tierra y un gran espaldón para cubrir el pórtico del Hospicio por donde penetraban al patio que ocupaba la tropa, las balas de cañón que disparaba el enemigo desde las bóvedas de San Agustín.

La artillería de la División se había reducido al silencio, pues casi había consumido sus municiones y estaba atendida á reponerlas con algunas cajas que conducía la diligencia desde México, conservándolas para el caso de tener que rechazar algún ataque.

Como es fácil notar, ya no era posible permanecer al frente de Guadalajara, y se resolvió la retirada.

El día siete de Enero de 1853, llegó parte de que Bahamonde con unos setecientos hombres había ocupado el Puente de Calderón.

En la noche del ocho se ordenó que todos los puntos que se ocupaban fuesen abandonados con el mayor silencio á las doce en punto, concentrándose toda la tropa en espalda del Hospicio formada en columna.

Allí permaneció hasta la salida del sol, por lo que se temía que la guarnición de la plaza hiciera una vigorosa salida para inquietar la retirada; pero afortunadamente no fué así, porque el enemigo se contentó con echar á vuelo todas las campanas, tocar el *torito* con las cornetas, tocar dianas y arrojar gran cantidad de cohetes.

La División ejecutó la retirada con la mayor tranquilidad, aunque algo humillada, hasta el Puente de Tololo-tlán, de donde destacó al Batallón de Zapadores con una batería y un escuadrón para atacar á Bahamonde que fué derrotado.

El día diez pernoctamos en Zapotlanejo. El once llegamos á Tepatitlán, donde permanecemos hasta el día quince, y supimos la renuncia del Presidente de la República. En la diligencia llegaron el Teniente de Artillería D. Fernando Poucel, y el Subteniente de la misma arma D. Miguel Miramón, quienes acababan de salir del Colegio Militar y venían á incorporarse al Cuerpo.

El día dieciséis pernoctamos en la venta de Pegueros; al siguiente llegamos á Jaloxtitlán, y seguimos después para San Juan de los Lagos. Ahí permanecemos dos días, dos en Lagos y dos en León. Aquí dejó el mando de la División el General Miñón entregándoselo al Coronel D. Manuel Robles P'ezuela que llegó de México.

Llegamos el día veinticuatro á Silao. En la tarde llegó en la diligencia de Guadalajara el General Uraga, y se alojó con D. Manuel Robles. Esto causó tal indignación entre los oficiales, que resolvieron amarrar á los dos. En la noche no se efectuó, porque los zapadores tomaron empeño en que se esperase al día siguiente; y como á la madrugada había marchado el General Uraga, se calmaron los ánimos.

El día veinticinco entramos en Irapuato. El batallón "Libres de Jalisco" que marchó á Guanajuato, se pronunció capitaneado por los Sargentos, y los Oficiales volvieron solos á incorporarse á la División.

Pasamos el día siguiente á Salamanca, y el veintisiete á Celaya. Se levantó una acta manifestando que la División no se adhería á ningún movimiento revolucionario y esperaba el fallo de la Nación.

Hasta el primero de Febrero estuvimos en Celaya, y el día dos nos fuimos para Querétaro.

A San Juan del Río llegamos el día tres. Aquí hubo otro disgusto entre los oficiales, por haber permitido el Sr. Robles que atravesase por la ciudad una fuerza de caballería del enemigo, y aun varios Oficiales fuimos á manifestar nuestras quejas al Coronel Robles.

Marchamos al otro día para Arroyo Zarco. En este punto tuvieron lugar unas conferencias entre un Jefe nombrado por la guarnición de México, que ya estaba

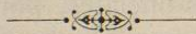
pronunciada, otro por las fuerzas de Jalisco, y el Sr. Robles Pezuela, por las nuestras. Allí se firmó un convenio que dió por resultado, el que en México se nombrara una persona que se encargase del Poder Ejecutivo mientras se reunía una Junta de Notables que eligiera definitivamente.

A San Francisco Soyaniuilpam llegamos el día cinco, el día seis á Tepeji, y en este punto permanecimos dos días. El día siete llegó de México el Coronel Robles Pezuela, reunió á los Jefes y Oficiales, y manifestó que á consecuencia de los convenios de Arroyo Zarco, había sido electo el General D. Manuel María Lombardini, para encargarse del poder Ejecutivo. Algunos aprobaron, otros permanecieron en silencio, y yo me permití observar que siendo aquel un hecho consumado, y no habiéndose consultado á la División, no veía que la cosa tuviese remedio, aunque á muchos no les pareciese bien.

De ahí pasamos el día ocho á Cuautitlán; el nueve á Tlalnepantla; el diez á Atzacozalco; y el once á San Angel, donde permanecimos hasta el día diecisiete que entramos á México.

Así terminó la revolución que derribó al General Arista, que había tomado tanto interés en la organización de la Administración pública. Después los *notables* eligieron al General Santa Anna que se hallaba en Cuba.

Mucho podría escribirse sobre los acontecimientos de aquella época; pero no cabe en estos apuntes.



## NOTAS.

### I.

Al enviarme á Michoacán el Presidente D. Mariano Arista, lo hizo por elección, y no porque me tocase la marcha con arreglo á ordenanza. Ya otras veces me había señalado para otros servicios manifestando que lo hacía por tener plena confianza en mí.

Después de la acción de Pátzcuaro, me dirigió la carta siguiente:

“Morelia. México. Noviembre 10 de 1852.

“Muy estimado amigo: Estoy muy satisfecho del comportamiento de usted en la acción del día 2, y tengo particular gusto en manifestárselo.

“Me causa mucha complascencia ver todavía Oficiales valientes, punzoneros é instruidos en el ejército y celosos como el que más del lustre de nuestra gloriosa profesión, cada vez que veo rasgos verdaderamente dignos de ella, recibo el más gran placer que pudiera desear.

“Sea muy enhorabuena y reciba usted las expresiones afectuosas del cariño de su General y amigo Q. B. S. M.—MARIANO ARISTA.

“Señor Teniente de Artillería D. Manuel Balbontín.”

### II.

El Director General de Artillería con fecha 18 de Noviembre me dijo de oficio lo siguiente:

“Dirección General de Artillería.—Sección 4ª

“Habiendo dado cuenta al Supremo Gobierno con el oficio de usted de 5 de este mes, la superioridad ha contestado con el acuerdo siguiente:

“Vuelva al señor Director General de Artillería para que manifieste al Subteniente Balbontín lo satisfecho que está el Gobierno de su digno y leal comportamiento el día 3 del que rige, añadiéndole que el *mismo* Gobierno tendrá muy presentes sus servicios para darle la recompensa á que se ha hecho acreedor. Lo transcribo á usted con satisfacción para su conocimiento.

“Dios y Libertad. México, Noviembre 18 de 1852.—CARRERA.

“Señor Comandante del arma en Morelia, Teniente graduado Subteniente D. Manuel Balbontín.”

III.

El Comandante D. José Calderón en el parte detallado que dió de la acción, decía:

“Recomiendo á V. E., al Teniente D. Manuel Balbontín, á cuya pericia y valor debimos varias de nuestras ventajas.”

Después de todo esto, el Comandante Calderón recibió el despacho de Teniente Coronel de Caballería, y yo no recibí nada.

Me dijeron después, pero vagamente, que D. Mariano Arista me había mandado extender el despacho de Teniente de Artillería, pero, que en la Dirección del arma, que eran desafectos al Presidente, habían embrollado el asunto. El caso es que el General Arista dejó el poder y marchó al extranjero, y yo quedé visto de mal ojo por los santanistas triunfantes.

Los que se pronunciaron fueron colmados de favores por el General Santa Anna, y los que habían sido fieles al Gobierno caído, dejados en el olvido.

NOTAS IMPORTANTES.

I.

Habiendo conseguido copia autorizada por el señor Oficial mayor del Ministerio de la Guerra, del parte oficial sobre la acción de Pátzcuaro, que dió el Comandante militar de Michoacán, Coronel D. Miguel Zíncúnegui, copio aquí lo más notable que á mi persona se refiere.

En la foja 2. relatando las medidas que se tomaron para poner á Morelia en estado de defensa, se expresan:

“Sin descanso, y sin reserva de medios, el E. S. Gobernador (Don Melchor Ocampo), el segundo Cabo de esta Comandancia, (Calderón) y con singular dedicación é inteligencia en su arma, el Teniente de Artillería D. Manuel Balbontín, etc.”

Luego á fojas 10. en la inserción que hace del parte de la acción, aparece esta recomendación del Comandante Calderón:

“Los que tuvieron más ocasión de dar pruebas de ella (de la bravura) fueron: el Capitán Vivanco del segundo batallón de línea, el Teniente de Artillería Balbontín á cuya pericia y valor, se debieron ALGUNAS de nuestras ventajas, etc.”

II.

En la exposición que dirigió al público el Gobernador López Portillo, del Estado de Jalisco, publicada en México, imprenta de García Torres en 1853, se expresa de esta suerte:

Página 12. “Así es como las revoluciones han destruido la moralidad. Por lo que respecta á los demás militares, no creo que se ejerzan ven-

ganzas contra esa División, que puede presentarse como modelo heroico de constancia en los trabajos, de valor en los peligros, de honradez y pundonor. Personas tales como Castillo, Calderón, Parra, Fuertes, Ferriz, Camargo, *Balbontín*, López Bueno, y generalmente cuantos componen la División que se halla al mando del señor Miñón, hacen honor al país y son dignas de la consideración de cualquier Gobierno, etc.”

